Charles Dickens

Historia de dos ciudades

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *A Tale of Two Cities*
Traducción de Salustiano Masó

Primera edición: 2007
Tercera edición: 2021

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Lucía M. Diz y Miguel S. Moñita

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Salustiano Masó Simón, 2007
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2007, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-344-3
Depósito legal: M. 7.293-2021
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Libro I. Resucitado

11 1. La época
16 2. La diligencia
25 3. Las sombras de la noche
32 4. La preparación
51 5. La taberna
69 6. El zapatero

Libro II. El hilo de oro

89 1. Cinco años después
100 2. Vista de una causa
111 3. Desilusión
132 4. Enhorabuena
142 5. El «chacal»
152 6. Cientos de visitas
172 7. Monseñor en la Corte
187 8. Monseñor en el campo
196 9. La cabeza de la Gorgona
214 10. Dos promesas
226 11. Entre colegas
232 12. El caballero delicado
243 13. El individuo sin delicadeza
251 14. El honrado comerciante

268 15. Calceta
286 16. Más calceta
303 17. Una noche
311 18. Nueve días
321 19. Un dictamen
333 20. Una súplica
339 21. Ecos de pasos
358 22. La marea sigue subiendo
367 23. Se propaga el incendio
379 24. La atracción del imán

Libro III. El curso de una tempestad
401 1. En secreto
420 2. La piedra de afilar
431 3. La sombra
439 4. Calma en la tormenta
449 5. El aserrador
459 6. Triunfo
470 7. Una llamada a la puerta
479 8. Una partida de cartas
499 9. Hecho el juego
519 10. El origen de la sombra
544 11. Crepúsculo
551 12. Tinieblas
565 13. Cincuenta y dos
585 14. Fin de la calceta
604 15. Los pasos se extinguen para siempre

Libro I
Resucitado

1. La época

Era el mejor de los tiempos y el peor; la edad de la sabiduría y la de la tontería; la época de la fe y la época de la incredulidad; la estación de la Luz y la de las Tinieblas; era la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación: todo se nos ofrecía como nuestro y no teníamos absolutamente nada; íbamos todos derechos al Cielo, todos nos precipitábamos en el infierno. En una palabra, a tal punto era una época parecida a la actual que algunas de sus autoridades más vocingleras insistían en que, para bien o para mal, se la tratara sólo en grado superlativo.

Un rey de grandes mandíbulas y una reina de cara poco atractiva ocupaban el trono de Inglaterra; un rey de mandíbulas no menos grandes y una reina de cara muy linda se sentaban en el trono de Francia[1]. Y en fin,

1. Jorge III de Inglaterra y su esposa, Carlota Sofía; Luis XVI de Francia y su esposa, María Antonieta.

para los grandes señores que administraban los panes y los peces del Estado en ambos países estaba más claro que el agua que las cosas, en general, habían quedado asentadas para siempre.

Corría el año de Gracia de mil setecientos setenta y cinco. En época tan favorecida no podían faltarle a Inglaterra revelaciones espirituales, lo mismo exactamente que en la actual. La señora Southcott[2], cuya sublime aparición vaticinara un profético guardia de corps anunciando que estaba todo dispuesto para que se tragase la tierra a Londres y Westminster, acababa de cumplir sus veinticinco años bienaventurados. El propio fantasma del Callejón del Gallo[3] hacía no más de doce que fuera conjurado, después de comunicar con golpecitos de ultratumba sus mensajes, igual que los espíritus de este año pasado (que en punto a originalidad sobrenatural dejaron bastante que desear) transmitían los suyos. Y ya en el mero ámbito de los acontecimientos terrenales, habían llegado recientemente a la Corona y al pueblo de Inglaterra los mensajes remitidos por cierto congreso de súbditos británicos celebrado en América[4], mensajes que, por insólito que parezca, han resultado de mayor trascendencia para el

2. Joanna Southcott (1750-1814), visionaria inglesa que publicó profecías apocalípticas en verso.
3. Fenómenos extraños del tipo *poltergeist* que se produjeron en una calle de la City londinense y provocaron numerosas controversias acerca de su autenticidad. Los «espíritus del año pasado» son una referencia a las sesiones de la médium D. D. Home, que adquirió fama cuando Dickens escribía este libro.
4. El Congreso Continental de las colonias norteamericanas se celebró por primera vez en Filadelfia, en septiembre de 1774, y en enero de 1775 presentó sus quejas al Parlamento británico mediante una petición.

género humano que ninguna de las comunicaciones recibidas por conducto de ningún polluelo de la estirpe gallinácea del Callejón del Gallo.

Francia, menos favorecida en cuestiones de orden espiritual que su hermana, la de la égida y el tridente, rodaba con la mayor suavidad pendiente abajo, fabricando papel moneda y gastándolo. Guiada por sus cristianísimos pastores, distraíase además en empresas tan humanas como la de sentenciar a un joven a que le cortasen las manos y arrancasen la lengua con tenazas, para ser a continuación quemado vivo por no haberse arrodillado cierto día lluvioso en veneración y acatamiento de una sórdida procesión de frailes que pasaba a vista suya, a unas cincuenta o sesenta yardas de distancia. Es bastante probable que mientras aquel desdichado era entregado al suplicio crecieran unos árboles en los bosques de Francia y de Noruega ya señalados por ese implacable leñador que es el Destino para ser abatidos, aserrados en tablones y posteriormente transformados en cierto armazón movible que, con un saco y una cuchilla, tan terrible fama adquiriría en la historia. Y es también muy probable que, para esas mismas fechas, en los toscos cobertizos de algunos labradores afincados en las fértiles tierras próximas a París se resguardasen ya de la intemperie unas primitivas y recias carretas salpicadas de lodos rurales, olfateadas por los cerdos y utilizadas como dormitorios por las gallinas, que esa gran Segadora que es la Muerte tuviera ya escogidas y apartadas como armones de la Revolución. Pero aquel Leñador y aquella Segadora, aunque trabajaran sin tregua, hacíanlo en silencio, y nadie oía sus pasos sigilosos y apagados; antes al

contrario, puesto que alimentar la menor sospecha de que estaban despiertos era como declararse reo de ateísmo y de traición.

En Inglaterra apenas existía un mínimo de orden y de protección ciudadana que justificase tanta jactancia nacional. La capital misma era escenario, noche tras noche, de audaces robos con violencia perpetrados por gente armada y desvalijamientos en zonas despobladas; se advertía públicamente a las familias que no abandonaran la ciudad sin antes trasladar su ajuar a los guardamuebles de los tapiceros, para ponerlo a salvo; el que oficiaba de bandido en la oscuridad trocábase en comerciante de la City en pleno día, y si algún compañero de negocios a quien en su papel de «el Capitán» hubiese atracado le reconocía y pedía cuentas, él bravamente le descerrajaba un tiro en la cabeza y ponía pies en polvorosa; la diligencia del correo fue asaltada por siete ladrones, y el guardia que la acompañaba disparó y mató a tres de ellos, para ser luego muerto a su vez por los otros cuatro, «a consecuencia de haberse quedado sin municiones», tras lo cual la diligencia pudo ser desvalijada en paz; el alcalde de Londres, potentado famoso, fue atracado en Turnham Green por un solo salteador que despojó a tan ilustre personaje en presencia de todo su séquito; los presos de las cárceles de Londres libraban batallas con sus carceleros, y la ley soberana disparaba entre ellos sus trabucos, cargados con postas y balas; hábiles rateros sustraían las cruces de brillantes que llevaban al cuello algunos aristócratas en los estrados mismos de la Corte; entraban los mosqueteros en St. Giles, a la busca y pesquisa de contrabando, y la plebe abría fuego sobre los

mosqueteros, y éstos disparaban contra la plebe, y a nadie se le ocurría pensar que tales sucesos tuvieran nada de extraordinario. A todo esto, el verdugo, siempre atareado, veía constantemente solicitadas sus cada vez más inútiles funciones: ora para colgar a largas ristras de criminales de diversa calaña; ora para ahorcar al autor de un robo con escalo perpetrado un sábado y que había sido prendido un martes; tan pronto quemando condenados en Newgate por docenas como quemando libelos a la puerta de Westminster Hall; ejecutando hoy a un feroz asesino y mañana a un mísero ladronzuelo que había robado seis peniques a un mozo de labranza.

Todas estas cosas, y otras mil semejantes, acontecían precisamente en aquel venturoso año de mil setecientos setenta y cinco. Y en medio de tales sucesos, mientras el Leñador y la Segadora proseguían su inadvertida tarea, aquellos dos que brillaban por sus descomunales mandíbulas, junto a sus respectivas parejas femeninas, una fea y la otra hermosa, iban con arrogancia y con boato, ejerciendo con vara alta sus divinos derechos. Así guiaba el año mil setecientos setenta y cinco a sus Grandezas, junto a miríadas de seres insignificantes –los personajes de esta historia entre otros muchos– por los caminos que ante ellos se desplegaban.

2. La diligencia

Y el que se desplegaba ante el primero de los personajes de que trata la presente historia, la noche de cierto viernes de últimos de noviembre, era la carretera de Dover. Caminaba el viajero al lado de un carruaje, la diligencia correo con destino a la ciudad citada, mientras el vehículo subía lenta y pesadamente por el cerro de Shooter, y remontaba el hombre la cuesta chapoteando en el barro, igual que el resto de los pasajeros, pero no por el puro gusto de hacer ejercicio ni mucho menos, dadas las circunstancias, sino porque la pendiente, y los arreos, y el fango, y la diligencia, era todo tan pesado que los caballos se habían parado ya tres veces negándose a dar un paso más y una vez, incluso, intentaron dar media vuelta con el subversivo propósito de regresar a Blackheath con carruaje y todo. Pero riendas, y látigo, y cochero y guardia de la escolta, todos de consuno, habían leído ese artículo del código de la guerra que prohíbe semejante

designio, el cual, por otra parte, parecía abonar resueltamente la tesis de que algunos irracionales están empero dotados de razón; y el tiro terminó por capitular y volver al cumplimiento de su deber.

Gachas las cabezas, temblorosas las colas, esforzándose por avanzar guachapeando en el pastoso fango, dando tumbos y trompicones de vez en cuando como si fuesen a desarticularse y a caer hechos pedazos. Tantas veces como el mayoral les concedía un descanso, haciéndolos parar con un discreto «¡Sooo! ¡Sooo, está bien!», el delantero izquierdo meneaba violentamente la cabeza con todos sus arreos y cascabeles, como negando, con enfático gesto impropio de un caballo, la simple posibilidad de que el carruaje coronara jamás aquel repecho. Y siempre que el animal promovía estos bruscos tintineos, el viajero en cuestión se sobresaltaba, cosa harto natural dado su nerviosismo, y sentía el ánimo conturbado.

Una niebla vaporosa cubría todas las hondonadas, y en su desolación habíase aventurado por la ladera arriba como uno de esos espíritus maléficos que buscan reposo y no lo encuentran. Pegajosa e intensamente fría, avanzaba despacio por el aire, y sus ondulaciones se perseguían y encabalgaban a ojos vistas lo mismo que las olas de un torvo y borrascoso mar. Era bastante espesa para reducir a un estrecho círculo la luz de los faroles del coche, hurtándolo todo a la mirada con excepción del propio carruaje y de unas pocas yardas de camino; y el vaho que los ajetreados caballos exhalaban se le sobreañadía a tal punto que daba la impresión de ser los animales la fuente y el origen de toda aquella niebla.

Otros dos viajeros, además del ya citado, subían con apuro la cuesta al lado de la diligencia. Los tres iban tapados y arropados hasta las orejas, y calzaban botas altas. Ninguno de ellos habría podido decir, por los escasísimos rasgos que se distinguían, qué cara o aspecto tenían sus compañeros de viaje, y casi tantas envolturas y recubrimientos como los que ocultaban los semblantes a los ojos del cuerpo escondían la personalidad e intenciones de cada cual a los ojos del alma de sus compañeros. En aquellos tiempos, los viajeros andaban siempre con suma cautela y se abstenían de hacer confidencias a desconocidos, pues cualquier compañero de ruta podía ser un bandido o cómplice de bandidos. Y en lo que a cómplices se refiere, lo difícil era precisamente no encontrárselos, ya que en todas las cervecerías y casas de postas solía haber alguien a sueldo del «Capitán», alguien que podía ser desde el propio amo del establecimiento hasta el último mozo de cuadra. En eso precisamente iba pensando el guardia de la diligencia correo de Dover, la noche de aquel viernes de noviembre de mil setecientos setenta y cinco, mientras el carruaje remontaba con sordo traqueteo la cuesta de Shooter; encaramado en su pescante particular de la trasera del vehículo, daba fuertes patadas para que no se le entumeciesen los pies, sin apartar la vista un solo instante del arcón que llevaba al alcance de la mano, donde un trabuco cargado coronaba una pila de seis u ocho pistolas de arzón, también cargadas y que descansaban a su vez sobre un montón de machetes.

Ocurría en la diligencia de Dover lo propio y característico de todos los viajes, que el guardia sospechaba de los viajeros, los viajeros sospechaban unos de otros y del

guardia, todo el mundo recelaba de todo el mundo y el cochero no estaba seguro más que de los caballos, respecto a los cuales hubiera podido jurar a conciencia por los dos Testamentos que no reunían las condiciones debidas para el viaje.

–¡Sooo! –dijo el cochero–, ¡bueno, está bien! ¡Un tironcito más, y arriba! ¡Maldita sea vuestra estampa, lo que me ha costado haceros subir! ¡Oye, Joe!

–¿Qué hay? –contestó el guardia.

–¿Sobre qué hora será?

–Por lo menos las once y diez.

–¡Voto a Cristo! –exclamó el cochero, contrariado–. ¡Y todavía no estamos en el alto de Shooter! ¡Arre, arre! ¡Vamos de una vez!

El díscolo caballo delantero, sorprendido por el látigo cuando había resuelto categóricamente no moverse más, hizo un decidido esfuerzo y los otros tres le secundaron. Una vez más, la diligencia de Dover avanzó con mil fatigas, hundiéndose en los charcos al par de ella las botas altas de los pasajeros. Parábanse éstos cuando el carruaje se paraba, y jamás se apartaban un solo paso de él. Si cualquiera de los tres hubiese tenido la audacia de proponer a otro adelantarse un poco en la niebla y la oscuridad, se habría expuesto a que le pegaran inmediatamente un tiro tomándole por bandolero.

El último tirón llevó a la diligencia a la cima del repecho. Los caballos detuviéronse de nuevo para tomar aliento y el guardia se apeó a calzar la rueda para la bajada y abrió la portezuela para que subiesen los viajeros.

–¡Chis, Joe! –avisó el cochero con tono de alarma, mirando para abajo desde su pescante–. ¿No oyes?

–¿Qué dices, Tom?

Escucharon ambos.

–Diría que se acerca un caballo al trote.

–A mí me parece que al galope, Tom –replicó el guardia soltando la portezuela y encaramándose en su puesto de un brinco–. ¡Favor al rey y a la justicia, caballeros!

Y tras esta invocación apresurada, amartilló su trabuco y se puso en guardia.

Hallábase el viajero de quien trata esta historia subido ya en el estribo, a punto de entrar en el carruaje; los otros dos viajeros, dispuestos a seguirle, aguardaban tras él. Y el primero continuó sobre el estribo, mitad dentro del coche mitad fuera, en tanto que los otros permanecían en la calzada. Miraron todos al cochero, y luego al guardia, y después otra vez al cochero, y escucharon con atención. El cochero miraba hacia atrás, y el guardia también, y hasta el recalcitrante caballo delantero enderezó las orejas y miró para atrás, por no ser menos.

El silencio consecutivo a la interrupción del ruidoso y trabajoso rodar del vehículo, sumado a la quietud de la noche, hizo reinar una calma prácticamente absoluta. El jadear de los caballos comunicaba un temblor al carruaje como si éste se hallara en un estado de viva agitación, y a los viajeros les palpitaba el corazón tan fuerte que tal vez pudieran oírse los latidos; pero en todo caso, la silenciosa pausa era expresión audible de unos seres humanos sin aliento, que contenían el resuello y cuyo pulso latía acelerado por la expectación.

El son de un caballo al galope se acercaba rauda y furiosamente por la cuesta arriba.

–¡Alto ahí! –rugió el guardia con voz lo más estentórea que pudo–. ¡Deténgase quien sea! ¡Alto o disparo!

La marcha se interrumpió de pronto, y, con no poco chapaleo y trastabilleo, una voz de hombre inquirió desde la niebla:

–¿Es esa la diligencia de Dover?

–¡A vos qué os importa! –replicó el guardia–. ¿Quién sois?

–Digo que si es esa la diligencia de Dover.

–¿Por qué lo queréis saber?

–Porque si lo es, tengo que hablar con uno de los viajeros.

–¿Qué viajero?

–El señor Jarvis Lorry.

El viajero a quien venimos refiriéndonos dio muestras al instante de que ése era su nombre. El guardia, el cochero y los otros dos viajeros le echaron sendas miradas de desconfianza.

–No os mováis de ahí –gritó el guardia a la voz que había hablado en la niebla–: porque si se me fuera el dedo sin querer, puede que ya no hubiera medio de reparar el error en toda vuestra vida. El caballero llamado Lorry que conteste.

–¿Qué pasa? –preguntó a esto el viajero con voz un tanto temblorosa–. ¿Quién me busca? ¿Jerry quizás?

«Pues si ese fulano es Jerry, maldita la gracia que me hace su voz –murmuró el guardia entre dientes–. No me gustan nada las voces tan roncas. Jerry.»

–El mismo, señor Lorry.

–¿Qué hay de nuevo?

–Un despacho de allá para vos. De T. y Compañía.

–Conozco al mensajero, guardia –dijo el tal Lorry, saltando del estribo a la calzada, en lo que le ayudaron desde atrás, con más presteza que cortesía, los otros dos pasajeros, quienes acto seguido entraron atropelladamente en el carruaje, cerraron la portezuela y subieron la ventanilla–. Puede acercarse; no hay ningún peligro.

–Espero que así sea, pero no tengo por qué fiarme –refunfuñó el guardia para su capote–. ¡A ver, el del caballo!

–¡A ver, hombre, veamos de una vez! –dijo Jerry con voz aún más ronca que antes.

–Acercaos al paso, ¿entendido? Y si lleváis pistoleras en la silla, procurad tener las manos lejos de ellas. Porque a mí se me va el dedo como el diablo de rápido, y cuando cometo esos errores es plomo lo que sale. Conque venid que nos veamos las caras.

A poco fueron dibujándose lentamente en la niebla las siluetas de un caballo y de su jinete, hasta llegar junto a la diligencia donde aguardaba el viajero. El jinete se agachó en su montura y tras echar una mirada al guardia alargó al viajero un papelito doblado. El caballo del mensajero estaba reventado, y tanto el animal como su jinete aparecían cubiertos de barro desde los cascos del primero hasta el sombrero del segundo.

–¡Guardia! –dijo el viajero, en tono tranquilo y confidencial.

–¿Qué se os ofrece? –respondió con sequedad el guardia, alerta en todo momento, con la mano derecha en la culata del trabuco, la izquierda en el cañón y la vista en el jinete, a quien apuntaba con su arma.

–No hay nada que temer. Yo soy del banco Tellson. Sin duda conoceréis el banco Tellson, en Londres. Asuntos

de importancia me llevan a París. Ahí va una corona para que echéis un trago. ¿Puedo leer esto?

–Está bien, pero despachad pronto, caballero.

Lorry desdobló el papel, y a la luz del farol de la diligencia que caía de aquel lado leyó, primero para sí y luego en voz alta:

–«Esperad en Dover a mademoiselle». Ya veis que el mensaje no es largo, guardia. Decid a quien os envía, Jerry, que mi contestación es: RESUCITADO.

Jerry se sobresaltó al oírlo.

–¡Vaya una contestación más rara, demonio! –exclamó con voz más ronca que nunca.

–Llevad ese recado, y los que os mandan sabrán que he recibido éste tan bien como si os lo diera por escrito. Buen viaje, amigo. Y buenas noches.

Dichas estas palabras, el viajero abrió la portezuela del coche y entró en él, totalmente desasistido ahora por sus compañeros, que se habían apresurado a esconder sus relojes y bolsas en la caña de las botas, y para entonces fingían dormir, sin más propósito evidente que el de eludir cualquier otra iniciativa.

Reanudó su pesada marcha el carruaje, envuelto en tupidos festones de niebla que se iban espesando en la bajada. Volvió el guardia el trabuco a su arcón, y una vez dado un vistazo al resto de su contenido, así como a las pistolas suplementarias que llevaba al cinto, miró en una arqueta más pequeña que iba debajo de su asiento y en la que había unas cuantas herramientas de cerrajero, un par de antorchas, pedernal y yesca. Hombre previsor, llevaba todo lo preciso para encender con relativa facilidad y seguridad los faroles del coche si, como frecuente-

mente ocurría en los viajes, los apagaba el viento: bastaba con que hiciera saltar las chispas del eslabón y el pedernal delante de la yesca y al amparo de su propio cuerpo para que (si estaba de suerte) la llama prendiese en cinco minutos.

–¡Tom! –llamó el guardia en voz baja, por encima de la baca del coche.

–¿Qué hay, Joe?

–¿Has oído el recado?

–Sí, Joe.

–¿Y qué has sacado en limpio?

–Nada en absoluto.

–Mira qué coincidencia, hombre –murmuró el guardia–. A mí me ha pasado lo mismo.

Entretanto, al quedar a solas en la oscuridad y la niebla, Jerry desmontó no sólo para dar algún descanso a su agotada cabalgadura, sino para limpiarse el barro de la cara y vaciar de agua el ala de su sombrero en que cabían muy cerca de tres cuartillos. Estuvo un rato parado, la brida sobre el brazo salpicado de lodo, hasta que se desvaneció el ruido de la diligencia que se alejaba y volvió a reinar el silencio nocturno; entonces dio media vuelta y echó a andar cuesta abajo.

–Después de la galopada que te has pegado desde el Temple, amiguita, no me fío de tus remos delanteros hasta que lleguemos a terreno llano –dijo aquel mensajero de voz bronca, mirando a su yegua–. «Resucitado». Vaya un recadito enigmático, por mil demonios. ¡Esas cosas a ti no te convienen, Jerry! ¡En menudo apuro ibas a verte si eso de resucitar los muertos se pusiera de moda!

3. Las sombras de la noche

Es un hecho asombroso y digno de reflexión que todo ser humano esté constituido de tal forma que siempre haya de ser un profundo secreto y un misterio para sus semejantes. Cuantas veces entro de noche en una gran ciudad, pienso muy seriamente que todas y cada una de aquellas casas apiñadas en la sombra encierran su propio secreto; que cada habitación de cada una de ellas encierra su propio secreto; que cada corazón singular que late en los cientos de miles de pechos que las habitan es, en algunos de sus ensueños y pensamientos, un secreto impenetrable para el corazón más próximo. Hay en esto algo de pavoroso, que nos lleva a pensar incluso en la Muerte. Ya no podré seguir pasando las hojas de este libro que amé y que en vano esperaba leer hasta el fin. Ya no podré seguir escudriñando las profundidades de estas aguas insondables, penetradas por fugaces destellos, en las que vislumbré ocultos tesoros y realidades sumer-